

ma bondad, por haberle librado de un naufragio inevitable; y así prosiguió dando singulares gracias á Dios, dueño soberano del mar y de los vientos, y que preside á las tempestades. Llegó bien enfermo el Almirante de la gota, y toda su gente bien cansada de los trabajos de la navegacion el dia seis de enero del año de mil quinientos tres á un rio que los indios llamaban *Yebra*, y el Almirante le llamó *Belén*, en reverencia y memoria de aquel dia en que los Reyes magos aportaron á aquel santo lugar: adelante de este situado mas al occidente, se halló otro que los naturales llamaban *Veragua*: hizo sondear ambos rios, y mandó entrar las barcas por el rio de *Belén* hasta llegar al pueblo, á donde les dieron noticias de que habia minas de oro en *Veragua*, y los indios hicieron ademán de defenderse é impedir la entrada. El dia siguiente se fué la gente en las barcas por el rio de *Veragua*, y los indios de allí se pusieron tambien en armas, con intento de defenderse por tierra, y por mar con sus canoas; pero un indio de aquella costa que venia con los cristianos les hizo señal, y les dió á entender que no venian á hacerles daño, y que no se les tomaban nada sin pagarlo: luego se sosegaron viniendo de buena gana á rescatar sus espejos de oro, y algunos cañoncitos y granos de este metal sin fundir, encareciéndolos con decir que los traian de muy lejos, y que cuando lo cogian no comian, y se apartaban de sus mugeres del mismo modo que se habia experimentado en la Española quando su descubrimiento.

Despues que hubieron entrado todos los navios por el rio de *Belén*, trató el Almirante de subir con las barcas por aquel rio hasta el pueblo donde vivia el cacique ó Rey de tierra, que llamaban *Quivio*; se recibieron mutuamente el Almirante y el cacique que le habia venido á ver, y sin mucha ceremonia se despidió este. Como *Veragua* tenia la fama de tener minas y grandes riquezas, se embarcó el Adelantado para entrar por el rio, y *Quivio* salió en sus canoas, para recibir á los castellanos: se trataron con mucha cortesía dándose uno á otro las cosas que mas estimaban, y despues de un gran rato de conversacion, se despidieron con gran paz y quietud, prometiéndose el Almirante y el Adelantado su hermano grandes esperanzas de una tierra rica, y poblada de gente tan mansa y benévola. Estaban muy contentos los castellanos deseosos de correr la costa y reconocer la tierra para saber donde estaban las minas, y escoger un sitio proporcionado para formar una poblacion, porque tenia determinado el Almirante dejar á su hermano con la mayor parte de la gente en aquella tierra hasta que se fuése á Castilla, para enviarles mayores fuerzas, y socorros competentes para sugetarla, pues daba muestras de mucha riqueza. Mucho impidió el correr la tierra á la gente del Almirante una tormenta que hizo crecer derepente el rio de *Belén*, y rompió una de las anclas de la capitana: maltratáronse de tal suerte otros navios, que estuvieron en peligro de perderse y toda la armada tambien. Despues que abonanzó el tiempo, se fué el Ade-

lantado el dia seis de febrero con sesenta y ocho hombres por la mar á la boca del rio *Veragua*, que subió hasta el pueblo del cacique *Quivio*, quien le dió guias para llevarlo al camino de las minas. Quando hubieron llegado al parage efectivamente encontraron mucho oro, y en dos horas que allí se detuvieron cada uno cogió su poco de oro entre las raices de los árboles que son altísimos en aquel país; y no siendo su viage mas que para informarse del sitio de las minas, y no llevando instrumentos para sacarle, se volvieron muy alegres á *Veragua*. Súpose despues que aquellas minas no eran las de *Veragua*, sino las de *Uriva*, que era otro de los enemigos de *Quivio*, que mandó guiar los castellanos allá para darles pesar y para que se aficionásen á aquellas minas, y dejásen las suyas. Se ocupó toda la gente por casi todo el mes de febrero en recorrer la costa, y no habiendo encontrado puerto alguno ni rio tan grande como el de *Belén*, se volvieron todos por el mismo camino para fabricar allí sus habitaciones: levantaron casas de madera, cubiertas de hojas de palmas á la orilla del rio de *Belén*, y se procedió á rescatar mucho oro en espejuelos, que eran como patenas de cálices mayores y menores, de doce escudos de valor que traian aquellos naturales colgados del cuello. Se dió orden para fabricar una casa grande á fin de que sirviese para almacen, en la cual metieron la artillería y cuanto era necesario para el servicio de los pobladores, y el bizcocho, vino, aceite y demás víveres: dejáronlos en un navio que habia de quedar como en parte mas segura, y este fué el primer pueblo que los castellanos fundaron en la tierra firme, aunque duró poco como se verá adelante. Las costumbres de los indios de aquella tierra son comunmente semejantes á los de la Española ó islas vecinas, con esta diferencia, que los de *Veragua* y sus contornos, cuando hablan uno con otro se ponen de espaldas, y cuando comen mascan sus yerbas, causa porque tienen los dientes podridos: mas se proveen de pescado que de carne, aunque hay sus especies de animales, y no bastan para el sustento de la gente. Hay en aquella region mucho pescado, y en todos los rios hay de diversas especies por ciertos tiempos del año, y aquellos indios hacen muy buenas redes con anzuelos de hueso que hacen de concha de tortuga, cortándolas al hilo con hebras de cierto cáñamo que en la Española llaman *Cabuya*, supléndose así por falta de hierro. Conservan el pescado que cogen asándolo y envolviéndolo en hojas de árboles: usan de vino de mar, de palmas y de piñas á que son sumamente aficionados.

Estando ya el Almirante para partir á Castilla, dejando diez ó doce casas fabricadas á las orillas del rio *Belén*, y en orden todas las cosas de la poblacion, se vió en estado de no poder salir de allí porque el rio que ántes con las muchas aguas se habia ensolvado tanto que le puso en grande peligro, ahora por falta de ellas se ensolvó de arena y le cerraba todo el puerto: hubo de esperar que lloviese para poder salir, y entretanto se supo que *Quivio*, cacique de *Veragua*, enfadado de que hubiesen poblado en aquel rio, queria ve-

air de secreto á quemar las casas y dar muerte à los castellanos: pareció conveniente prenderlo con todos sus principales, y enviarlos à Castilla. Así se hizo con harto trabajo, y despues por descuido de un piloto, à quien se le habia entregado para su custodia, se le escapò de las manos, y tirándose à la agua se desapareció, valiéndose de la obscuridad de la noche. Sobrevinieron despues muchas lluvias y creció el rio: el Almirante à primero de marzo determinò volverse à Castilla, aprovechándose de esta coyuntura, cargándose de los despojos de la casa de Quivio, con tres navios, dejando el uno à su hermano el Adelantado, con pensamiento de ir à la Española, y enviar socorro para fomento de esta nueva poblacion. Apenas hubo salido el Almirante à la mar que los indios de Quivo, persuadidos que los cristianos no tendrían el amparo necesario, asaltaron el pueblo sin ser descubiertos; pero el Adelantado que era hombre de valor, con seis ó siete castellanos les hizo frente, y los obligó à retirarse al monte que está cerca: volvieron despues à hacer sus escaramuzas con mucho brio, hasta que concurriendo entonces muchos de los nuestros que los perseguian y herian con las espadas, y un perro bravo que los acometía con fiereza, se pusieron en fuga dejando muerto un cristiano y siete heridos, entre ellos el Adelantado en el pecho, con una lanza que se lo atravezó. Despues acometieron los indios la barca que el Almirante habia enviado à tierra, donde iba poca gente, y como no podian reparar los muchos golpes de lanza que les tiraban, no pudieron dejar los remos, y por otro lado era tanta la multitud de indios que acudia de todas partes que se arrimaban con sus canoas, que fueron heridos los mas de los cristianos, y muerto el capitan; así acabaron infelizmente excepto uno que se pudo escapar é ir à dar noticia del desastre de la barca del pueblo, lo que causó mucho desmayo à la gente; y viéndose tan pocos sin esperanzas de socorro, mayormente notando que los indios estaban muy soberbios con la victoria y no les dejaban sosegar un instante, considerándose sacrificados; se pasaron al navio para salir de allí, y no podian, porque la boca se volvió à tapar. Determinaron en fin mudar su poblacion à una gran playa descombrada, donde fabricaron un baluarte, plantando la artillería en lugares convenientes con que se defendian, porque los indios no se atrevian à salir de sus bosques de miedo de las balas que hacian su estrago en ellos. Entre tanto el Almirante cuidadoso de lo que pasaba en tierra envió otra barca à saber de la primera, y habiendo llegado à su noticia que la gente del Adelantado no se podia mantener en Veragua, y que estaba en tal desesperacion que ya no obedecian al Adelantado, y à sus capitanes, se volvió à recogerlos, y en cosa de dos dias no quedó nada en tierra, sino el casco del navio que por la mucha broma ya no podia navegar. Alegres todos de verse ya juntos embarcados, se hicieron à la vela en los tres navios, tomando el viage del levante, la costa arriba de aquella tierra, y llegaron à Porto Bolo, donde se vió precisado el Almirante

(er)

à dejar un navio por la mucha agua que hacia, y por estar muy roto y maltratado, y siguiendo la costa pasaron arriba del puerto del Retrete, y el de una tierra que tiene muchas isletas, à las que el Almirante puso el nombre de *Barbas*, y hoy llaman el *Golfo de San Blás*: pasó mas adelante diez leguas al fin de la tierra firme que fué descubriendo cerca de doscientas leguas, hasta el Cabo de *Mármol*, nombre que dió à este término de la costa à donde llegó; y dejando la tierra firme à primero de mayo, tomó la via del norte para ir à la *Española*: reconociendo parte de la costa del Sud de Cuba el dia de San Juan, despues de muchos trabajos llegó à Jamaica, surgiendo en un puerto que llamó *Santa Gloria*. Allí le acontecieron muchas desgracias, pues à mas de perder casi todos sus navios en aquel viage, de modo que no tenía con que volver à Santo Domingo, se le amotinó el capitan D. Francisco de Porras (que lo era de uno de los navios) diciéndole que los habia engañado, y que él se queria volver à Castilla, y uniéndosele otros se embarcó con ellos, y anduvieron por la isla cometiendo graves insultos y robos. Volvieron al cabo de algunos meses à donde estaban el Almirante y su hermano el Adelantado, dando modo para poder volver à España y salir de tantos trabajos; y como estos no podian reducirlos con partidos honestos que les ofrecian, vinieron à las manos: esta fué la primera guerra civil entre españoles que hubo en las Indias, donde los rebeldes quedaron vencidos junto à un pueblo de indios, llamado *Maima*, y donde despues se pobló una ciudad llamada *Sevilla de Jamaica*.

Antes de esta conjuracion de Porras habia juntado el Almirante sus capitanes para tratar el modo de volver à Castilla, y despues de muchas consultas determinò Colón enviar à avisar à Nicolás de Ovando (que ya era comendador mayor de Alcántara) que estaba sin navios y perdido en la isla de Jamaica, y Alonso Sanchez de Carabajál, su factor, para que de las rentas que tenia en la Española, se le habilitase un navio proveido de municiones y bastimentos para salir de tantas penalidades y seguir su derrota à Castilla. Habia escogido para este fin dos sujetos de su mayor confianza, à D. Diego Mendez y Bartolomé Fiesco, hombres de mucho valor, porque parecia imposible hacer un viage de mar tan dilatado con canoas (como era preciso) habiendo casi doscientas y cinquenta leguas de distancia, desde donde estaban en Jamaica hasta Santo Domingo, pareciendo aun gran temeridad navegar en ellas de una isla à otra. Partieron pues las canoas à la Española favorecidos de una gran calma, como convenia, habiendo dentro de ellas españoles que no hubieran podido resistir en cualquiera alteracion de la mar como los indios que son tan diestros que aunque se les aneguen sus canoas en medio del gólfio, las vuelven à enderezar nadando, y se vuelven à meter en ellas. Diego Mendez llevaba orden del Almirante de pasar à Castilla en llegando à Santo Domingo, y Fiesco de volver à Jamaica à dar razon de como Mendez seguia su viage para España. En este despacho

escribía el Almirante à los Reyes, dando cuenta de su viage y de sus adversidades, quejándose amargamente del tratamiento tan injusto que habian usado con él; y es de advertir, que lo que mas le ponderaba era el carecer de los santos sacramentos de la iglesia, quedando enfermo y agoviado de gota, si en aquel destierro le viniere la muerte. Por la inteligencia de este aparato que voy escribiendo, se reconoce que mas se atendia en estos viages à descubrir las tierras, saber de sus riquezas y producciones, que plantar desde luego la fé llevando misioneros para ello; bien que se observaba que el Almirante llevaba regularmente algun capellan, que le dijese misa à su gente cuando se podia, y es muy factible que en este último viage tan trabajoso se le hubiese muerto. Pasáronse ocho meses despues de la partida de la canoa, en que iban Diego de Mendez y Bartolomé Fiesco, sin que se hubiese tenido noticia de ellos, sospechándose que el mar los habia tragado, lo que fomentó muchos alborotos y las conjuraciones que se terminaron con la batalla arriba referida, en que fueron vencidos los rebeldes: ibase ya à reahzar otro motin cuando permitió nuestro Señor que saliese del gran riesgo en que estaba el Almirante ocupado de remediar esta segunda sedicion con la venida de una carabela que enviaba el gobernador de la Española, y consolada la gente, se dispuso para salir de Jamaica.

Mientras habia andado el Almirante en sus descubrimientos y pasaban estas cosas en Jamaica, gobernaba D. Nicolàs Ovàndo la isla Española con bastante acierto. El feliz suceso de la última guerra de *Higuáy* le habia puesto en estado de dar la ley à toda la isla, y una sana política pedia que se aplicase à conservar un pueblo subyugado y rendido que podia ser de grandísima utilidad à la colonia Española, y de quien absolutamente se necesitaba, si se pretendia sacar del seno de aquella tierra los tesoros que encerraba; pero à los principios no se media la importancia del descubrimiento del nuevo mundo, sino por la prodigiosa cantidad de oro y plata que se encontraba en él, y de todas las particularidades notables que una region tan nueva presentaba al espíritu de observacion: esta sola era la menor que ocupaba todos los ànimos. Los hombres dignos de contemplar la naturaleza bajo de aquellas vestiduras rústicas y antiguas, no se hubieran acercado sin cierta especie de respeto à aquella inmensa y desconocida region, à quien el trabajo y el arte no habian dado todavia sino una forma precàrea. Un suelo intacto cubierto de bosques impenetrables à los rayos del sol, les habiera hecho conocer que habia allí una fecundidad prodigiosa que podia ser origen de un comercio inagotable y opulento. De la comparacion de las producciones espontàneas de aquel terreno con las del mundo antiguo bajo climas correspondientes, hubiera sacado un observador atento luces útiles para dirigir y perfeccionar el cultivo, tal vez observando que bajo un cielo ardiente, el hombre está privado de aquellos caractères de virilidad, que descubren la energia de su sexo, y el ardor de re-

producirse hubiera evitado à la especie humana la fatal herida que se le hizo con la pérdida de tantos americanos. En efecto ¿qué razon hay para que aquella impetuosa llama que devóra y quema al habitante de las costas de Africa, apenas produzca una débil emociion en los sentidos del caribe, colocado bajo la misma latitud? ¿Se necesitaba mas para conocer que el clima que acababa de descubrirse debia tener sobre sus vencedores un influjo mortífero, y que era interés de estos dejar aquella tierra fecunda y húmeda à sus antiguos habitantes, estimulando su pereza con nuevas necesidades para establecer en ellos un comercio sólido, constante y ventajoso? ¿Cuànto honor hubieran hecho à los primeros conquistadores, y à los gobernadores de este nuevo pais estas reflexiones! ¿Y cuànto se hubiera aumentado con ellas la poblacion de los dos mundos! Pudo preverse desde entonces lo que ha demostrado la sucesion de los tiempos, con respecto al gobierno de las posesiones americanas. A proporcion que la masa de los metales preciosos se fué disminuyendo en América, la industria y la necesidad fijaron su atencion en tesoros mas nobles y de mas producto. Observáronse despues con cuidado las producciones particulares de aquel pais, y se les dió un cultivo que pagaron con usura: el océano que hasta entonces habia gemido bajo el peso de un oro conquinado con la sangre de sus poseedores y de sus conquistadores bárbaros, empezó à cargar sobre sus espaldas las riquezas territoriales del nuevo mundo con que se dió principio al comercio de la América. Aquí debemos hacer justicia à la córte de España en recomendar à los gobernadores de lo descubierto el buen trato de los indios y su conservacion; pero sus órdenes se hallaban mal ejecutadas: aun en virtud de informes siniestros se vió precisada à espedir algunas, que parecian las mas acertadas y ocultaban consecuencias perniciosas, por el abuso que se hizo de ellas à fin de entablar una tiranía inexorable, la misma que ha despoblado las mas ricas y vastas regiones de la América.

El comendador Ovàndo, de quien se suponía que se habia hecho bien cargo del trato y calidad de la Española, envió à los Reyes católicos una esposicion cuyo tenor era: que los indios no querian sembrar ni trabajar aunque se les pagaban sus jornales, à causa de la libertad, que por mandato de sus Altezas se les habia otorgado de nuevo: que tampoco querian comunicarse con los castellanos, y menos los podian juntar para doctrinarlos y atraerlos à la fé católica; de modo que por estas razones se experimentaba mucha hambre en la gente europea, de que resultaban enfermedades, y muchos se morian, y seguiria indefectiblemente la destruccion entera de la colonia; por cuyo motivo se veia en la precision de dar aviso de ello para que sus Altezas proveyesen el mas pronto remedio. Efectivamente proveyeron los Reyes católicos lo mismo que él deseaba: esto es, que aprendiase à los indios que comunicasen con los españoles: que trabajasen para los castellanos pagàndoles sus sueldos, segun la calidad de su trabajo,

mandando à cada cacique que tuviese cargo de un cierto número de indios fuertes, para que los hiciese ir à trabajar en los campos, ó à las minas ó à donde fuése menester, lo cual hiciesen como personas libres y no como siervos, y atendiese à que fuesen bien tratados, y los que fuésen de ellos cristianos, mejor que los otros; que se juntásen à oír misa, y ser doctrinados en los misterios de nuestra santa fé en lugares diputados para ese fin; y por último que se acordase que aquel pueblo *era libre*, (102) y de ningun modo debia reducirse à esclavitud y gobernarlo con bondad, sin permitir que se le hiciese daño alguno; y sobre todo, que procurara especializarse con aquellos habitantes que abrazásen la religion cristiana. Estas órdenes fueron dadas al gobernador Ovando este año de mil quinientos tres, y despachadas en Medina del Campo; y aunque las instrucciones que llevaban eran concebidas con tanta discrecion y cordura, no obstante se interpretaron muy mal, y en efecto el comendador afectando que se conformaba à ellas, comenzó à establecer y formar repartimientos de indios, que siempre fueron tan odiosos y perniciosos, dando à cada castellano cierto número de ellos, à unos cincuenta, à otros ciento, segun le parecia, con una cédula de concesion concebida en estos términos. „A vos, fulano, se os encomiendan tantos indios, de tal cacique, „y enseñadles las cosas de nuestra santa fé católica. (103)“

A los principios tenian los indios ocupados en las minas seis meses, y despues se mandó que ocho, que llamaban una *demora*, hasta el tiempo que traían el oro à la casa de fundicion: allí se separaba el quinto del Rey y lo demás dábase à sus dueños, que como gastaban mucho en galas y superfluidades, como percibian de ello, por esta causa, y por lo mucho que hacian trabajar à los pobres indios vinieron à minorarse. Como parecia al gobernador que solo así se podian sustentar los castellanos, conservaba en cuanto podia los repartimientos que habia dado, y à tiempo volvia de nuevo à repartir, añadiendo à cada uno de los principales y amigos suyos, los que les faltaba, dejando à muchos sin ninguno: este método guardó todo el tiempo que gobernó en la Española, método que se extendió despues en todas las Indias.

Lo que puede parecer digno de admiracion, (bien que no hay que admirarse de cuanto ciega à los hombres la codicia hasta hacerles perder de vista sus verdaderos intereses, y aun sus mas urgentes necesidades) es que antes de llevar los indios recién conquistados à las minas, no los ocupaban en el cultivo de la tierra para que cesase una hambre tan dura y larga, que afligía en tanto extremo à los conquistadores. Si hubiera el gobernador Ovando hecho esta reflexion, hubiera tenido de la mano à los castellanos

[102] ¡Bello recuerdo por medio de providencias contrarias à la libertad!

[103] Primero fuera que ellos las supieran, eran unos bárbaros idiotas como lo ha probado el ilustre señor Casas.

que se daban mucha libertad, y cometian muchas injusticias vejando extraordinariamente à los indios; sin duda que su gobierno hubiera sido de los mas loables y prudentes: en esta materia concuerdan los historiadores en tributarle grandes elogios à Ovando. Todos han alabado grandemente su sabiduría, su atencion al bien público, su celo por los intereses del Rey y para el establecimiento de la religion católica; cuidaba mucho del haber real, y de la conservacion de los indios: daba salario competente à costa de la real hacienda à los clérigos para que administrasen los sacramentos, que era à cien ducados cada uno. Los padres de san Francisco se vieron muy favorecidos de este gefe en la edificacion de los monasterios erigidos de su orden: plantóse uno en la capital ciudad de Santo Domingo, y otro en la de la *Vega*; y mandó que los españoles cuidásen de tener algunos muchachos indios, à quienes enseñaban à leer y à escribir, y à algunos de mas despejado entendimiento un poco de gramática: purgó la colonia de algunos sugetos de malas costumbres, y entre otras cosas que pidió à los Reyes dando informes de las cosas de la isla, fué el que *no se enviásen esclavos negros à la Española*, porque habia conocido que se huían entre los indios, y les enseñaban maldades. Como se ha dicho reedificó la ciudad de Santo Domingo con magnificencia, y fabricó el hospital de su nombre: pidió à los Reyes que no se enviáse por ahora mas gente, porque apenas se podia mantener la que habia que ya era mucha. Poco tiempo despues que recibió D. Nicolás de Ovando las órdenes de la corte que hemos referido, recibió tambien otras nuevas que hubieran desbaratado sus ideas sobre el curso de los repartimientos si no hubiera hallado modo de eludirlos. Significaronle los Reyes en estas segundas órdenes que le dirigieron, el gran sentimiento que les habia causado la pérdida de la flota y de la gente principal que llevaba, especialmente el *Guarnición*, y mucho mas la de un cacique cristiano (cuyo nombre se ignora) que voluntariamente iba à Castilla à aprender sus costumbres: reprendianle igualmente con mucha viveza sobre no haber querido recoger al Almirante en la isla, hallándose en tanta necesidad; y en no haber querido tomar su consejo deteniendo una partida de la flota unos cuantos dias; y tocante à la conversion de los indios insistian de nuevo en que procurase reducirlos à que viviesen en poblados y no apartados en las sierras: que en cada poblacion se hiciese una iglesia, y se pusiese un sacerdote celoso y de vida muy ajustada que dijese misa y les administráse los sacramentos: que se estableciesen escuelas à donde dos veces al dia se juntásen los indios para que se les enseñase à leer, escribir y la doctrina cristiana, con caridad y cuidado de que aprendiesen à ser cristianos, y procurase estorbar las operaciones de sus caciques y encomenderos castellanos: que se hiciesen hospitales así para indios como para españoles: que con la mayor dulzura se empenase à los indios à que pagásen los diez-